

EDITORIAL

POR UNA DIVULGACIÓN CIENTÍFICA SIN AMARILLISMO

La divulgación científica es una necesidad actual y pretende comunicar los avances del quehacer científico (o de alguna otra disciplina atisbada con rigor científico) a la población en general o para que estudiantes, docentes e investigadores enriquezcan su acervo de conocimientos examinando el área de trabajo de investigación de cada uno de los especialistas. En general, se invita a los expertos a narrar sus experiencias en términos sencillos, a menudo coloquiales, comprensibles para un mayor número de personas con una cultura general limitada. Nadie dice que a fuerza de ser sencillo tendría que ser confuso o sin profundidades.

De las distintas maneras de percibir el mundo, la más confiable es la científica, porque está basada en hechos comprobados. Las aseveraciones científicas son el resultado de discusiones rigurosas entre los pares utilizando argumentos sustentados en hallazgos previos. Es obligación de los científicos describir estos conceptos de acuerdo con la tecnología utilizada y actualizarlos de acuerdo al avance de la misma, por lo que un mismo tema es tratado una y otra vez de conformidad con los avances cronológicos.

La promoción de la cultura científica es indispensable y su divulgación se ha incrementado en forma exponencial. Así como afirmamos que un país sin ciencia no tiene ninguna oportunidad de salir adelante, también sostenemos que tiene que darla a conocer, sólo que a veces utiliza metodología para su divulgación que no es necesariamente la correcta.

A este respecto está de moda mezclar términos religiosos con datos científicos, o al menos que tienen que ver con la ciencia o disciplinas afines. Esta práctica es una burda copia de actividades publicitarias con técnicas de mercado (mercadotecnia) a veces amarillistas, usadas para atrapar la atención de un gran número de lectores incautos y hacerles creer que recibirán información de primera línea, en términos científicos, de algunos misterios que todavía permanecen desconocidos. Por ejemplo, llegó a mis manos el título de un reciente libro de José Luis Trueba relacionado con los centenarios que celebramos en el 2010, y que trata sobre Miguel Miramón, personaje histórico muy desprestigiado por su asociación con la llegada

de Maximiliano, intitulado "La derrota de dios". El autor aclara que se tomó la libertad de así titular su libro, en vez de "La Derrota de la iglesia y del catolicismo militante del siglo XIX en México", porque era un título muy largo, pero más bien, creo que fue por seguir la controversia cada vez más acendrada entre los conceptos ciencia y religión.

Nunca hubo oposición entre fe y razón pero siempre ha habido oposición entre lo que afirman personas con una formación científica (a veces también llamada fe cientista *) y lo que defienden personas con antecedentes religiosos (fe religiosa).

La literatura está llena de frases acuñadas en el pasado para dar a conocer adelantos tecnológicos que permitieron entender más a la materia viva. En especial han sido exitosas algunas con una connotación religiosa, por ejemplo el dogma central (dogma – creencia individual o colectiva no sujeta a ninguna prueba de veracidad), refiriéndose a la asociación entre ADN → ARN → Proteína, que después fue refutado porque también es reversible.

También se ha usado mucho la frase "Jugando a ser Dios" ("playing God"), lo mismo que "el protocolo de Dios". En inglés "to play" se refiere generalmente a una actividad "poco seria, de diversión" que no es necesariamente lo que quiso decir el que acuñó la frase en referencia a alguien que se dedica al desarrollo de macromoléculas sintéticas con el ánimo de entender cómo funcionan las biomoléculas, y con ese conocimiento, quizá en el futuro llegar a sintetizar una forma de vida primitiva que sea útil en la producción de alguna sustancia curativa (por ejemplo la síntesis de insulina recombinante por una bacteria).

El uso de esa frase es muy desafortunado, como lo es el empleo de la palabra protocolo que tiene muchas acepciones, lo que puede causar confusión en el que la lee. (Protocolo – código de conducta, reglas para un comportamiento adecuado; acuerdo formal; manuscrito original de un documento. De la Academia de la Lengua: a) manuscrito autorizado por un notario b) Acta o cuaderno de actas de un asunto c) Regla ceremonial, d) Plan escrito y detallado de un experimento científico. Esta última

*el lector que quiera profundizar sobre este dilema, puede consultar "ciencia y religión" en el buscador Google.

descripción podría usarse con mayor corrección que la que se acuñó. En contraposición, Stephen Hawking, el célebre astrofísico británico, no necesitó implicar nada religioso o sensacional en su nuevo libro "The grand design" (el gran diseño) en el que explica las bases físicas del origen del universo y ha tenido un gran éxito de ventas. Esto demuestra que un hecho científico bien comunicado puede ser también un éxito literario.

Una de las características distintivas de la ciencia es que, a través de entender la naturaleza, nos permite modificarla (por ejemplo a través de la biotecnología) En esto radica su poder (y su peligro) y por ello las personas con pocos conocimientos le temen, por tanto, sólo les llama la atención un asunto que se presenta en forma engañosa y con un título muy superficial.

La relación entre la religión y la ciencia es innegable, pero es una relación conflictiva, y en apariencia, opuesta. La ciencia desarticula las cosas para conocer cómo funcionan. La religión las junta para ver qué significan; son dos empresas intelec-

tuales distintas incluso últimamente se postula que su comprensión ocupa diferentes hemisferios en el cerebro.

La ciencia requiere adoptar una postura naturalista y laica que excluya la creencia en seres sobrenaturales. Eso no implica negar la existencia de un dios, pero sí dejar tal creencia fuera del ámbito del trabajo. Hay que reconocer que muchos científicos son ateos (no creen en la existencia de un dios), ó agnósticos (no saben si existe) o religiosos declarados; sin embargo, todos dejan de lado tal posibilidad mientras trabajan. Tal vez si siguiéramos el ejemplo de Hawking contribuiríamos a que nuestras actividades de divulgación científica fueran más objetivas, evitando caer en el amarillismo con tal que el público en general se interese en temas científicos.

Dra. Graciela Meza Ruíz
División de Neurociencias
Instituto de Fisiología Celular, UNAM.